

LA TRADUCCIÓN DE POEMAS Y SONETOS DE WILLIAM SHAKESPEARE POR DON JOSÉ BASILEO ACUÑA

Ricardo Silva Santiesteban

Es un honor para mí haber sido invitado en forma tan gentil por la Universidad de Costa Rica a la presentación del libro *Poemas y Sonetos de William Shakespeare* traducido en forma magistral por don José Basileo Acuña. También constituye un honor y un orgullo para mí el haberlo publicado en Lima en la colección *El Manantial Oculto*, en las Ediciones del Rectorado de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Esta última se trata de una colección que ya tiene 20 títulos publicados que se dedica a la edición de obras poéticas o cercanas a la poesía.

La razón del título *El Manantial Oculto* quiere significar esa corriente poética escondida que se encuentra en todas las sociedades y que casi siempre se ve su importancia solo con el paso de los años: la poesía puede no ser esencial para algunos individuos pero es esencial como expresión genuina de los pueblos.

Hoy día vacilamos cuando llamamos a la segunda mitad del siglo XVII de Inglaterra como la época shakesperiana o la Época Isabelina. Baste recordar que William Shakespeare en las celebraciones de la paz entre Inglaterra y España sirvió como criado de la corte durante esos días pero que hoy su figura se ha agigantado tanto como para disputarle a la gran reina Isabel I el nombre de la época.

No sé si es invención, pero se cuenta que el poeta norteamericano Ezra Pound afirmó alguna vez que con el paso del tiempo los lectores se preguntarían quiénes

eran ese Musolini y ese Stalin citados por él en sus poemas. Creo que no se trataba de simple orgullo de poeta. Ahora no conocemos a los políticos que aparecen en la Comedia de Dante. Pero a Dante todo el mundo lo recuerda cuando se habla de sucesos dantescos que ocurren a diario en nuestro planeta.

La poesía, pues, es un manantial que corre oculto en nuestras sociedades, pero que gracias a la energía espiritual que los poetas depositan en ella tiene posibilidades de trascender y de perdurar. El poeta puede constituir quizá una figura invisible o incómoda, por sus innegables características de libertad y rebeldía, para muchos de sus contemporáneos, pero siempre constituye el legado más apreciado de las generaciones por venir.

Antes de hablar sobre el libro que nos convoca me gustaría realizar algunos comentarios sobre el arte de la traducción.

La traducción es considerada, por lo general, como una tarea menor dentro de los trabajos literarios. Pero la traducción poética se diferencia tanto de la simple traducción, como se diferencia la escritura de un poema de, digamos, un artículo o una narración y esto hay que recalcarlo porque muchas personas no lo saben y hay veces que lo ignoran hasta los mismos poetas. Cuando la traducción roza con la poesía, constituye un arte.

Es sabido que el arte de la traducción poética solo puede ser realizado por un escritor que tiene que conocer, además de su propio idioma, cuando menos otro más. Tiene que poseer cultura y, como decía Cicerón, debe saber pesar las palabras que, ya lo sabemos, es una de las tareas primordiales del poeta. Pero eso no es todo. Como muy bien comenta Fray Luis de León en el prólogo a su traducción de *El cantar de los cantares*:

El que traslada ha de ser fiel y cabal y, si fuere posible, contar las palabras para dar otras tantas, y no más ni menos, de la misma cualidad y condición y variedad de significaciones que las originales tienen, sin limitarlas a su propio sentido y parecer, para que los que leyeren la traducción puedan entender toda la variedad de sentidos a que da ocasión el original, si se leyese, y queden libres para escoger de ellos el que mejor les pareciere.

El traductor casi siempre es el personaje encorsetado e invisible de la escritura. Encorsetado porque se encuentra ligado a determinado original; invisible, porque, aunque el lector sabe que está leyendo las palabras urdidas por el traductor, crea la ficción de que está leyendo directamente al autor y esto simplemente no es cierto. Es imposible, a veces, evitar que la personalidad de un estilo no sea transparente en una traducción. Lo que debe evitarse es tratar de teñir deliberadamente con el estilo del traductor el poema traducido porque, la traducción, como todos los hechos verdaderamente grandes del hombre, es una tarea humilde, una tarea despojada de todo lucimiento, una tarea de servicio para el lector de la lengua materna del traductor. Además, bien lo saben los poetas, un poema puede costar muchísimo trabajo, como no, pero en algún momento éste puede ser otorgado por designio de la inspiración, la musa o la divinidad, pueden ustedes escoger a la que más les guste de las tres; una traducción no posee nunca dicha, gracia y siempre se otorgará tan solo luego de un trabajo laborioso. Si el traductor realiza un buen trabajo, éste se atribuye inmediatamente y, sin ninguna duda, a un excelente original; pero si el trabajo no es bueno, todos exculpan al autor y condenan en forma irremisible al traductor. Aunque muchos lo ignoran, la traducción no es una tarea sencilla. Muchas veces puede ser una de

las más difíciles de la expresión literaria., Por otro lado, el traductor debe empezar trabajando el doble, repito, porque no solo debe conocer bien una lengua sino, cuando menos, un par y si el texto de partida es muy complejo o ambiguo, como gran parte de los de la literatura contemporánea, o textos muy antiguos que conllevan experiencias culturales extinguidas, al traductor se le añaden tareas de equilibrista y de detective. Debe saber cuándo apegarse al original. Pero debe saber, sobre todo, cuándo tiene que apartarse del original para no cometer la peor de las infidelidades: la infidelidad con su propia lengua.

El traductor debe tener, además, condiciones de cazador, debe poseer un buen olfato para las decisiones que deba tomar en esos momentos temibles que afronte sean los de tipo cultural. ¿Cómo adivinar, a veces, la resonancia o la connotación de determinada frase o determinada palabra en la larga vida de una lengua? ¿Cómo darle pleno sentido al sencillo bon jour francés cuando éste se alarga al doble de tiempo e invade todo lo que nosotros aquí en América llamamos tarde y llega hasta la noche? Siempre me he preguntado cuántos tipos de color blanco existirán para los esquimales. Con frecuencia conjeturo que alguno de ellos puede ser, en determinada circunstancia, cuestión de vida o muerte. Un buen amigo mío que me oyó preguntarlo, averiguó que existen catorce tipos de blanco. ¿Cómo evitar que el sentido de una palabra se estreche o se mute al momento de la traducción? ¿Cómo impedir el sacrificio de un ritmo, de la tonalidad del canto de la lengua de partida? ¿Cómo verter la fulgurante irradiación de una imagen cuando solo contamos para ello con palabras opacas en nuestra

lengua? Cuando un traductor se dedica a la tarea de verter un texto de otra lengua, se ve al frente de dos problemas: trasladar las imágenes y trasladar los rumores de los sonidos que nunca serán iguales al original. Con qué equilibrio logre realizar esta tarea, sea también su triunfo o su desgracia. ¿Cómo evitar a veces que se desvanezcan las resonancias culturales? ¿Cómo evitar que la lengua de la que traducimos no invada los predios que pertenecen a la lengua de llegada? “Ningún problema tan consustancial con las letras y con su modesto misterio como el que propone una traducción”, ha afirmado con frase maestra Jorge Luis Borges.

El traductor debe ser siempre un personaje invisible pero puede no constituir a veces un ser infalible. Quiero recordarles, por ejemplo, ese verso del muy traducido poema “Mitad de la vida” del gran poeta alemán Friedrich Hölderlin:

Klirren die Fahnen.
que ha descaminado a tantos buenos
traductores a verterlo como
restallan las banderas.
en vez del correcto
chirrían las veletas.

Vemos, pues, cómo puede asesinarse el sentido de un hermoso poema. Nuestros antepasados eran más severos que nosotros respecto a cuestiones de traducción. Recordemos que, por cometer errores, o supuestos errores de traducción, Étienne Dolet fue quemado en la hoguera en 1546. Efectivamente, en 1544 fue encontrado culpable de herejía, principalmente por un alegado error de traducción de un texto del filósofo griego Platón, por el que fue acusado de negar la inmortalidad del alma y luego incinerado en París dos años después. Todos ustedes

recordarán que Fray Luis de León, un gran poeta y el más grande de los prosistas españoles del Renacimiento, pero también un gran traductor, fue encarcelado un lustre principalmente por haberse atrevido a traducir *El cantar de los cantares* directamente del hebreo, en una traducción hecha con fines privados que le solicitó una monja que no poseía el don de lenguas y que no era capaz de leer esta obra ni siquiera en latín. Es bueno recordar a estos mártires porque no todas las profesiones los tienen.

Ahora bien, existen poetas y escritores, y yo creo que este es el caso de don José Basileo Acuña, que amplían el radio de acción de su actividad al escribir no solo poemas, sino también ensayos, estudios, crítica literaria, novelas, obras dramáticas y, también, muchos de ellos, traducciones poéticas. Aunque muchos críticos prejuiciosos, o simplemente ignorantes, estiman, repito, el trabajo de traducir como una tarea menor de la actividad literaria, hay que mencionar que muchos grandes poetas de la literatura universal la han practicado con orgullo, y la siguen practicando. Veamos algunos rápidos ejemplos para que nuestra afirmación no quede en el aire: Percy B. Shelley, uno de los grandes románticos ingleses, tradujo a Eurípides, a Calderón de la Barca y a Goethe. Friedrich Hölderlin, otro importante poeta alemán del mismo periodo, dos tragedias de Sófocles. Charles Baudelaire y Stéphane Mallarmé, es decir los dos poetas franceses más importantes del siglo XIX, tradujeron la obra narrativa y poética de Edgar Allan Poe. Gérard de Nerval tradujo el *Fausto* de Goethe, las poesías de Heinrich Heine y a otros poetas alemanes. Ezra Pound tradujo con amplitud poesía china, provenzal, italiana y dos tragedias de Sófocles. T.S.

Eliot a Saint-John Perse. Paul Valéry a Virgilio. Jorge Guillén a Paul Valery y a multitud de poetas ingleses, franceses e italianos. Luis Cernuda a William Shakespeare y Friedrich Hölderlin. Giuseppe Ungaretti a William Blake, Stéphane Mallarmé y Luis de Góngora. Salvatore Quasimodo de William Shakespeare y a los líricos griegos. Eugenio Montale a William Butler Yeats. Alfonso Reyes a Homero y Mallarmé. Jorge Luis Borges a Walt Whitman y a William Faulkner. Octavio Paz a Matsúo Basho y a Fernando Pessoa. Pablo Neruda a William Shakespeare y a poetas ingleses de distintas épocas: Joaquín Gutiérrez varias tragedias de William Shakespeare.

Bien, si no detuviera aquí, la lista, sencillamente, sería interminable. Queda establecido, pues, y sin ninguna duda, que son muchos los poetas que expanden su actividad poética a los predios de la traducción. Menciono, pues, como un hecho natural que los poetas sean traductores de otros poetas. Ahora bien, ¿es todo poeta un buen traductor? O, más bien. ¿es garantía de una buena traducción el haber sido acometida por un gran poeta? Yo les contestaría que ninguna. Les confieso con toda franqueza que existen traducciones realizadas por escritores que no son conocidos como poetas que me placen más que otras realizadas por poetas de gran renombre. El ser un gran poeta es una ventaja pero no es ninguna garantía de que también sea un buen traductor, como tampoco es garantía de que pueda ser un gran dramaturgo o un buen novelista o un buen crítico literario. Todo es cuestión de lo que yo llamaría la penetración y empatía con el texto traducido que debe culminar en un producto poético notable. Existe, como en todo, características en cada uno de

los géneros mencionados que, hay veces, el escritor no puede repetir la calidad en otro. Muchas veces los poetas son malos traductores porque enfrentan el texto que traducen con soberbia. Ignoran que la humildad es no solo una virtud de los hombres humanos, para decirlo con palabras de François Billón, sino, sobre todo, la primera de las virtudes que debe poseer el traductor. Es un error cuando los poetas no se ponen al servicio del texto que traducen sino que pretenden que éste se ponga a su servicio, como ocurre muchas veces con abominables traducciones en las que algunos poetas, hay que llamarlos así, se esfuerzan por tratar de ser originales y solo logran esperpentos.

Todo gran poeta, sin embargo, posee las cualidades de su oficio que importan en una traducción: entre ellas su dominio y sensibilidad del lenguaje y el saber pesar las cualidades sonoras y plásticas de las palabras. Dotes que posee en forma natural pero que, un buen traductor puede y debe, aprender a través de esfuerzo y experiencia. Como cualquier poema, novela o drama, una traducción es susceptible de comentarse, más aún porque se desprende, en forma inevitable, su comparación con el modelo del cual procede cuando no de otras traducciones del mismo texto.

Aunque tradujo a otros poetas ingleses y franceses, la mayor parte de las versiones de don José Basileo Acuña están dedicadas a la obra de William Shakespeare; en primer lugar de cinco de sus obras dramáticas: Coriolano (1973) y El Rey Lear (1978), ambas realizadas en prosa; luego, Macbeth (1973), la comedia de las equivocaciones (1973) y Troilo y Cresida (1980) realizadas en verso; aunque la comedia de las equivocacio-

nes, supongo que por una desdichada equivocación, se editó como si se tratara de simple prosa.

Todas estas versiones son muy fieles e inspiradas. Creo que don José optó por el mejor verso castellano de que disponía para traducir los dramas de Shakespeare escritos en pentámetros y ámbicos [oó oó oó oó oó], usó el encasílabo blanco, es decir, sin rima. Pero debo aclarar que las versiones carecen de rima porque tampoco la tienen los originales de Shakespeare. Don José, sin embargo, se sujetó en sus traducciones en verso de los dramas de Shakespeare a la difícil tarea de traducir cada pentámetro y ámbico (es decir un verso de diez sílabas inglesas, más o menos) en un endecasílabo de once sílabas castellanas.

Alfonso Reyes, a propósito de la traducción poética de la lengua francesa, comentó lo siguiente: “ya saben los técnicos cuánto cuesta reducir a nueve sílabas castellanas las ocho sílabas francesas”. En el caso del inglés, que es un idioma más aglutinante, todavía, que el francés, podríamos decir del inmenso trabajo que cuesta reducir a un endecasílabo castellano un pentámetro y ámbico inglés.

Pero para la obra lírica de Shakespeare, don José optó por la forma más difícil de cualquiera de las versiones poéticas: es decir, mantener en castellano los módulos estróficos de los originales.

Alfonso Reyes, con la penetración y magisterio que lo caracteriza, habló de tres tipos de traducción para llegar a verter un poema.

- La traducción en prosa, tan liberal como lo consiente la índole del idioma, nos permitiría entender todo lo que haya que entender: trazar la línea de las oraciones, y fijar la escena dra-

mática que hay en todo poema.

- La segunda traducción –rítmica- nos acercará más al calor emocional que no viene sólo de “entender”. La idea original, redibujada, irá entrando más en nuestros hábitos de expresión poética, merced a las infidelidades ligeras que aquí –como en todo- son indispensables para una verdadera fidelidad. Así, además de entender, podremos gustar.
- Finalmente, la tercera traducción procura crear de nuevo la poesía, sujetándose a la ley severa de su estrofa, con una equivalencia que esté más allá de lo literal.

Como se ve una traducción que conserve las rimas del original constituye un trabajo triple que va del simple entender del poema hasta el logro de una nueva creación, Si una traducción en verso puede muchas veces ser recusada por no guardar garantías de fidelidad: una traducción en verso, y rimada, mucho más todavía. Por eso creo que toda crítica de una traducción que no se ponga en la poética desde la cual ésta ha sido concebida, carece de rigor por partir de un presupuesto que no es aquél pensado por el traductor al realizar su trabajo. Me explico: toda traducción es una equivalencia, una resonancia, un reflejo: nunca puede ser igual al texto o poema original. La llamada traducción literal y fiel es un inefable absoluto: “No digo que la traducción literal sea imposible sino que no es una traducción. Es un dispositivo, generalmente compuesto por una hilera de palabras, para ayudarnos a leer el texto en su lengua original. Algo más cerca del diccionario que de la traducción, que es siempre una operación literaria”, ha afirmado el gran poeta mexicano Octa-

vio Paz.

Al realizarse el proceso de aquello que llamamos “traducción”, lo que estamos haciendo es crear un nuevo texto con base en un original. Estamos creando un doble que puede o no tener las virtudes del original, y que también puede tener sus propias virtudes y sus propios defectos. Como la metafórica costilla de Adán que dio lugar a la mujer, hemos producido con la traducción la creación de un nuevo ser que puede llevar al autor del texto original (como Eva llevó a Adán) a su perdición frente al lector si sólo conocemos al segundo y éste lo falsea.

Volviendo a mi referencia del posible crítico de una traducción rimada, diría lo siguiente: es tan absurdo vituperar una traducción porque ésta ha intentado conservar las rimas del original, como vituperar una traducción puramente métrica o rítmica porque no las conservó. Para acercarse y entender el trabajo de un traductor, primero debemos colocarnos en el nivel de fidelidad de sentido, fidelidad de ritmo, fidelidad de forma que éste haya querido conservar en su traducción. Existe en toda traducción realizada con honestidad y un mínimo de preparación literaria, una poética que le da carácter y le infunde vida; quienes se acerquen a ella deberán primero deducirla: ésta será una manera de comprender el misterio de la poesía que nos brinde el nuevo poema producido a través de una traducción.

Es probable que algunos puristas de la traducción se escandalicen, a veces, porque un traductor recomponga en castellano las ideas del poeta de la lengua de partida. Debe recordarse que la gran poesía, o cuando menos una gran parte de ella, se expresa por imágenes y que es-

tas imágenes deben de traducirse cumplidamente más que la sucesión de palabras que las conforman. Es probable que el aspecto visual se trasmita o pueda mudarse de un idioma a otro con más facilidad que los aspectos sonoros. En primer lugar, porque los aspectos sonoros son los que más diferencian a los idiomas y el traductor, en estos casos, se ve en la necesidad de ofrecer una simple equivalencia que nunca será igual al sonido original. En segundo lugar, porque esa es, precisamente, su tarea primordial: ofrecer una equivalencia, una resonancia de la lengua de partida. William Shakespeare recomienda en el soneto XXIII: “oír con los ojos” [To hear with the eyes], para no perderse solo en el sonido encantador del verso sino transformarlo en imagen. Los buenos traductores “ven con los oídos” cuando traducen una imagen poética, porque de la integra-

ción indiscernible de lo visual con lo sonoro es que se hacen los grandes versos y con grandes versos se construyen poemas excepcionales o excepcionales traducciones.

Es por estos motivos que valoro tanto las traducciones de don José Basileo Acuña y por lo cual me siento tan orgulloso de que su libro *Poemas y Sonetos de William Shakespeare* se haya publicado por primera vez en mi país en la colección *El Manantial Oculto* que dirijo y que publica la Pontificia Universidad Católica del Perú donde trabajo. Por eso mi agradecimiento no tiene límites para con Armando Calzada que con tanto desprendimiento y generosidad nos confió los originales para su publicación. Igualmente, para mi amigo Oscar Montanaro que se encargó de prologar la edición y de llegar a los originales.